

ANEXO D
NATURALEZA Y OBJETO DEL DIÁLOGO ECUMENICO
UN ESTUDIO DEL GRUPO MIXTO DE TRABAJO

INTRODUCCIÓN

El Diálogo: un don a la Iglesias

1. Desde el establecimiento del actual movimiento ecuménico en el siglo XX, ha aparecido una “cultura de diálogo”. Los presupuestos filosóficos, culturales y teológicos de esta cultura han sido elaborados en el curso de la primera mitad del siglo. Esta cultura ha hecho nacer nuevas relaciones entre las comunidades y las sociedades. Sin embargo, una contracultura se ha manifestado igualmente, alimentada por el fundamentalismo, por nuevas experiencias de vulnerabilidad, nuevas realidades políticas, tales como el fin de la guerra fría y el establecimiento de relaciones entre pueblos cuyas visiones y metas son muy diferentes, y por los efectos de la globalización que ha suscitado una conciencia mayor de las identidades étnicas y nacionales. Esto se ha revelado en la desestabilización de varias instituciones y sistemas de valores y en la puesta en tela de juicio de la autoridad. El diálogo se ha convertido en una condición *sine qua non* para las naciones, las Iglesias y las culturas. Para las Iglesias cristianas el diálogo es un imperativo que deriva del Evangelio, que presenta una alternativa a los que quisieran adoptar posturas exclusivistas.

2. Este documento traza un cuadro de los efectos de la cultura del diálogo sobre las Iglesias y propone una reflexión teológica sobre la naturaleza del diálogo; sugiere además una espiritualidad que puede guiar a los cristianos y sus comunidades en su aproximación recíproca. Es un intento, basado en la experiencia vivida desde 1967, de animar a las Iglesias a proseguir su diálogo ecuménico con determinación y perseverancia.

3. El grupo mixto de trabajo entre la Iglesia católica y el Consejo ecuménico de las Iglesias se constituyó en 1965. Su trabajo comenzó con una reflexión sobre la naturaleza del

diálogo. En 1967, se publicó un informe titulado “Diálogo ecuménico” y ha servido desde entonces como un útil documento de referencia. La experiencia de los diálogos multilaterales de Fe y Constitución a partir de 1927 y de las negociaciones para una unión de Iglesias, como las que han tenido lugar en India del Sur, han proporcionado ideas al Grupo mixto de trabajo cuando comenzó su actividad. El año 1967 no fue el comienzo de los diálogos ecuménicos, pero la participación activa de la Iglesia católica después del Concilio Vaticano II ha aportado nueva energía y nuevos objetivos a estos diálogos. Se han convertido pronto en un instrumento clave para el progreso del ecumenismo.

4. Han pasado cerca de 40 años. El Grupo mixto de trabajo presenta este nuevo documento de estudio, “Naturaleza y objetivos del diálogo ecuménico”. Diálogos estructurados han tenido lugar a nivel local, nacional e internacional, en los que han participado las principales Iglesias y Comuniones confesionales. Se han logrado resultados substanciales y los organismos participantes han precisado sus posiciones; se ha conseguido un consenso sobre puntos esenciales relativos a las divisiones, mientras que se han identificado los obstáculos para la unidad que permanecen. Mientras tanto, el contexto del diálogo ha cambiado; la reflexión sobre el diálogo ha continuado y se ha acentuado la urgencia de la búsqueda de una unidad visible a través de un diálogo sincero e ininterrumpido, buscando la verdad en la caridad.

5. Desde 1967, las relaciones entre diferentes Iglesias, Comuniones cristianas mundiales y familias cristianas se han acrecentado y desarrollado gracias a los diálogos. Se ha fomentado la comprensión recíproca entre las Iglesias y el diálogo ha permitido eliminar estereotipos, derribar barreras históricas y promover relaciones nuevas y más positivas. Éstos son algunos ejemplos:

- la Declaración común de 1965 del papa Pablo VI y del patriarca ecuménico Atenagoras I, que ha eliminado de la memoria y de la Iglesia las condenas de excomunión recíprocas pronunciadas en 1054;
- el acuerdo cristológico entre la Iglesia católica y la Iglesia asiria de Oriente (1994);

- La *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación* suscrita en 1999 por la Federación luterana mundial y la Iglesia católica, que afirma que las condenas de las posiciones respectivas sobre la justificación pronunciadas durante el período de la Reforma por las Confesiones luteranas y por el Concilio de Trento, no se aplican ya hoy, en la medida en que impiden la comprensión de la doctrina contenida en la Declaración conjunta.

Se trata de etapas significativas sobre el camino del reconocimiento mutuo, de la comunión mutua, y de la unidad visible de la Iglesia.

6. Los resultados de los diálogos internacionales han favorecido varias relaciones nuevas entre las Iglesias. La Declaración de Fe y Constitución, *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (1982) [BEM] y algunos diálogos bilaterales han concurrido para lanzar las bases de los acuerdos de Meissen, Porvoo, y “Llamados a una misión común” entre anglicanos y luteranos en diversas regiones del mundo. El acuerdo bilateral entre la Iglesia ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales ha facilitado la reconciliación entre estas familias eclesiales. El diálogo teológico de la Comisión internacional anglicano-católica (ARCIC) ha llevado a la creación de una nueva Comisión con vistas a promover el crecimiento de la comunión entre las Iglesias, a través de la recepción de los acuerdos y el desarrollo de estrategias que permitan reforzar las relaciones fraternas (IARCCUM –Comisión internacional anglicano-católica para la unidad y la misión).

Los diálogos han servido además para estimular un cambio de actitud en las comunidades que viven en situación de tensiones.

Las perspectivas que surgen de los diálogos han llevado a varias Iglesias a una renovación y un cambio en su vida, su doctrina y sus modelos de culto. Por ejemplo, BEM ha animado celebraciones más frecuentes del sacramento de la Cena del Señor en diversas comunidades y ha traído consigo incluso una revisión de su liturgia.

Está claro que desde 1967 se ha revelado en algunas Iglesias una cultura del diálogo que influye en cada aspecto de la vida cristiana. Esto es evidente en proyectos de colaboración

en que los miembros de las diferentes comunidades se esfuerzan en responder a las necesidades de las personas marginales de nuestro mundo. Se observa igualmente en diversos grupos de discusión en los que participan miembros de comunidades diferentes. Se trata de una actitud de apertura a otras comunidades y a sus miembros.

Su Santidad el papa Juan Pablo II ha calificado esta cultura de “diálogo de la conversión”, en la que los cristianos y las comunidades piden juntos el perdón de los pecados contra la unidad y actúan en el espacio en que Cristo, fuente de la unidad de la Iglesia, puede operar eficazmente con todo el poder del Espíritu (*Ut unum sint* 34, 35). Mientras que la actitud de diálogo debe ser evidente en todos los aspectos de la vida cristiana, el compromiso en los diálogos internacionales y bilaterales da lugar a una forma muy específica de diálogo.

Dos aproximaciones de Diálogo

Desde 1967, son evidentes dos aproximaciones distintas de esta forma específica de diálogo ecuménico que tienen cada una un carácter propio, ocupándose cada una de aspectos diferentes, pero vinculados entre ellos, de la búsqueda de la comunión plena.

Los diálogos bilaterales entre representantes oficiales de dos Comuniones cristianas mundiales o entre dos familias eclesiales, pretenden superar las dificultades históricas que existen entre estas comunidades. Tienen en cuenta su historia y los textos clásicos que las caracterizan, así como las cuestiones de actualidad pasadas y presentes, que han puesto trabas a sus relaciones y constituyen un obstáculo para su movimiento hacia la comunión. Normalmente, estos diálogos definen lo que es común a los dos interlocutores, precisan las diferencias, buscan soluciones y fomentan la colaboración allí donde es posible.

Los diálogos multilaterales se desarrollan en un contexto más amplio, con representantes oficiales de Iglesias que apelan a la sabiduría de todas las tradiciones cristianas para examinar un problema teológico. Se han podido hacer distinciones sobre las cuestiones que dividen a los cristianos (p. e. entre *episkopé* y episcopado), y se han propuesto a los diálo-

gos bilaterales nuevas aproximaciones a las dificultades históricas. Se ha recordado a los cristianos que los diálogos, multilaterales y bilaterales, se desarrollan en el contexto de la misión de la Iglesia “a fin de que el mundo crea...” (Jn 17, 21). El diálogo multilateral ha subrayado además que los factores no doctrinales son importantes para comprender las divisiones doctrinales. Éstas son debidas a múltiples razones –políticas, culturales, sociales, económicas, raciales, así como doctrinales- y estos factores deben igualmente ser examinados en el curso de procesos de reconciliación y de apaciguamiento de las memorias.

Los diálogos, tanto multilaterales como bilaterales, son esenciales en el proceso de diálogo. Mejor, existe entre ellos una interacción permanente en la que cada uno bebe de las ideas del otro. Todos los diálogos están condicionados por el contexto histórico y cultural que influye en las relaciones entre las diferentes comunidades.

Nuevo contexto de Diálogo

Mientras que las Iglesias han adoptado una cultura de diálogo y es posible establecer la lista de los resultados obtenidos en las conversaciones ecuménicas formales que tienen lugar, han emergido nuevos factores en el curso de treinta y seis años desde la publicación de “Diálogo ecuménico”; son una indicación del nuevo contexto en el que se desarrolla tal diálogo.

Si, por una parte, el diálogo ha hecho nacer una sensibilidad y un compromiso ecuménico crecientes entre las tradiciones eclesiales, por otra, se ha desarrollado igualmente una obediencia renovada a la identidad confesional, que podría conducir a un confesionalismo exclusivo. Los cambios derivados de los resultados de los diálogos han encontrado muchas veces reticencias. La causa era a veces la dificultad de obtener un consenso más amplio en las diferentes Iglesias. Las dificultades de recepción han conducido en ocasiones a divisiones en el *interior* de las confesiones, pues es cada vez más claro que ninguna tradición eclesial o confesional es una entidad homogénea. En algunos casos, la recepción se hacía más difícil a causa de las divisiones surgidas en y entre ciertas

Iglesias relativas a cuestiones culturales y étnicas –que son raramente ellas mismas objeto de diálogos. Varias Iglesias estiman que las cuestiones tratadas en los diálogos bilaterales y multilaterales están lejos de sus preocupaciones esenciales. Después de 30 años de diálogo teológico, y a pesar de los importantes acuerdos logrados durante este período, no han sido resueltas todas las cuestiones vinculadas a la unidad entre las Iglesias. El proceso de reconciliación ha sido lento. Para algunos, y por razones diferentes, esta situación ha puesto en tela de juicio la utilidad de entablar estos diálogos teológicos.

No obstante, está claro en todas partes en el mundo que el Evangelio de reconciliación no puede ser proclamado de manera creíble por las Iglesias que no están ellas mismas reconciliadas entre sí. Iglesias divididas son un anti-testimonio del Evangelio.

¿Qué se puede aprender de la experiencia de diálogo relativa a la naturaleza del diálogo ecuménico mismo? El nuevo contexto indica que es necesario un re-examen del diálogo ecuménico que saque a la luz las perspectivas de “Diálogo ecuménico” de 1967, con una reflexión sobre la actividad de más de tres decenios de diálogo multilateral y bilateral, y una consideración de los retos que han surgido de él.

*Naturaleza y objeto del Diálogo Ecuménico.
Hacia una descripción del Diálogo Ecuménico*

El diálogo ecuménico ha tenido lugar como respuesta a la oración del Señor por sus discípulos: “que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17,21). Es esencialmente una conversación, es hablarse y escucharse entre interlocutores. Cada uno habla a partir de su contexto y de su perspectiva eclesial. El discurso dialógico quiere dar a conocer este contexto y esta perspectiva al otro y recibir lo mismo de él, con el fin de penetrar en su experiencia y de alguna manera, ver el mundo con los ojos del otro. El objeto del diálogo es permitir a cada uno adquirir un profundo conocimiento del interlocutor. Es una experiencia espiritual de conocimiento del otro, de escucha y de intercambio los unos con los otros en la caridad.

Dialogar es marchar con el otro, el término peregrinación es una metáfora adecuada para el diálogo. El diálogo representa una palabra –ni la primera ni la última– en un recorrido en común, que marca un momento entre el ‘ya’ de nuestras historias pasadas y el ‘todavía no’ de nuestro futuro. Es la imagen de la conversación de los discípulos en el camino de Emaús, recordando los milagros realizados por el Señor a lo largo de un itinerario que culmina con el reconocimiento del Señor en el acto de partir el pan en una mesa común.

El diálogo es más que un intercambio de ideas. Es un “intercambio mutuo de dones”. Es un proceso por el cual buscamos juntos trascender las divisiones haciendo luz sobre los malentendidos del pasado por el estudio de la historia, o a delimitar los obstáculos descubriendo un nuevo lenguaje o nuevas categorías. Y además: esto implica ser receptivo al *ethos* del otro, a los aspectos de la tradición cristiana preservados en el patrimonio del otro. Varias tradiciones eclesiales han concedido su preferencia a ciertos textos y tradiciones bíblicas más que a otras. En el proceso del diálogo, estamos invitados a retomarlos por nuestra cuenta, dando así testimonio de la riqueza del Evangelio en su integridad.

Un punto esencial del diálogo es la exploración en común de la significación de la fe apostólica. Por otra parte, los diálogos se desarrollan en el contexto de una fe vivida por las comunidades en tiempos y lugares particulares; por tanto deberían reflejar siempre la experiencia contextual. No están simplemente centrados en sistemas o fórmulas de fe, sino en el modo en que éstos son vividos por las comunidades comprometidas en el diálogo. Esto es particularmente cierto en lo que concierne a los diálogos a nivel nacional. Si el contexto no es menos esencial en el diálogo internacional, ningún contexto local particular puede ser preponderante en el diálogo nacional, y es la autocomprensión total, muchas veces compleja, de una Comunión cristiana mundial la que se toma en consideración.

Además, existe otra diferencia en lo que concierne al contexto. Deriva de los conceptos muy diferentes que se encuentran en las Comuniones cristianas mundiales en cuanto a la relación entre las expresiones locales y universales de la Iglesia. Estos conceptos tienen a su vez repercusiones sobre los efectos de la experiencia contextual en el inte-

rior del todo. Así, para muchos, la autoridad final (y por consiguiente una forma de independencia en uno u otro grado) pertenece a cada Iglesia miembro de una Comunión mundial (p.e. en el caso de las Iglesias nacidas de la Reforma). En otro caso (p.e. la Iglesia católica), las relaciones entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal están gobernadas por vínculos de comunión de naturaleza teológica, canónica y espiritual. El concepto mismo de Iglesia particular o local implica la comunión con todas las Iglesias locales y con la Iglesia de Roma. Existe así una influencia mutua permanente entre las expresiones particulares y universales de la Iglesia. Puesto que estas expresiones particulares y universales son interdependientes, se ha dado la prioridad a la unidad del todo.

El diálogo se ocupa de las divisiones del pasado que examina a través del conocimiento especializado de los hechos, buscando formular lo que los interlocutores del diálogo pueden decir sobre la fe hoy. El diálogo se esfuerza por discernir lo que es hoy la característica evangélica de la fe, de la vida y del culto del interlocutor. El diálogo tiene así un carácter descriptivo.

Fundamentos Teológicos del Diálogo

El diálogo ecuménico refleja de manera analógica la vida interior del Dios Trinidad y la revelación de Su amor. El Padre se comunica a sí mismo a través de su Palabra, su Hijo, que, a su vez, responde al Padre por el poder del Espíritu –una comunión de vida. En la plenitud del tiempo, Dios nos ha hablado por su Hijo (cf. Hech 1, 1-2); el Verbo de Dios se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros (Jn 1, 14).

El intercambio entre el Padre y el Hijo en el poder del Espíritu establece la interdependencia de las tres personas del Dios Trinidad. Por su autocomunicación a su pueblo, Dios nos invita a recibir su Palabra y a responder a ella en la caridad. Así, por la participación en la acción gratuita de Dios y en el imperativo de obediencia cristiana, entramos en comunión con Dios que es comunión –Padre, Hijo y Espíritu Santo. Imitando este modelo dialógico de hablar y escuchar, de revelarnos a nosotros mismos y de recibir al otro, abandonamos nuestra autosuficiencia y nuestro aislamiento ilusorios y entramos en una relación de comunión.

La naturaleza misma de la existencia humana subraya igualmente que no vivimos ni existimos unos sin los otros. “No hacemos sólo un encuentro, sino que somos el encuentro. El otro no es el límite del yo; el otro forma parte de mi propia existencia y es un enriquecimiento de ésta. Así, el diálogo pertenece a la realidad de la existencia humana. La identidad es dialógica” (cardenal Kasper).

Persupuestos del Diálogo

El diálogo ecuménico presupone nuestra común incorporación en Cristo por la fe y el bautismo por la acción del Espíritu Santo; reconocemos en unos y otros comunidades de fe que buscan la unidad en Cristo (véase la Declaración del Grupo mixto de trabajo, Implicaciones eclesiológicas y ecuménicas del bautismo común - 2004). En el diálogo ecuménico, nos encontramos, no como extraños sino como cohabitantes de la casa de Dios, común a los cristianos, que, gracias a nuestra comunión con el Dios Trinidad, hacemos ya la experiencia “de una cierta comunión, aunque imperfecta” (*Unitatis redintegratio* 3).

Así, el diálogo ecuménico presupone el compromiso en la oración. Sigue un modelo cruciforme, en la intersección entre nuestra relación ‘vertical’ con Dios y nuestra comunión ‘horizontal’ unos con otros. En esto, imitamos igualmente el don de sí y la vulnerabilidad de Cristo. Nos apartamos de nuestro egocentrismo y de nuestros intereses personales para volvernos hacia la experiencia de los otros, aceptando ser vulnerables permitiéndoles conocernos y descubriendo su modelo cristiano de vida, de testimonio y de culto a través de sus ojos. En este intercambio recíproco, nos es posible hacer la experiencia de una fusión de horizontes, que nos hace capaces de poner fin a nuestras divisiones, de reforzar nuestro testimonio común y de comprometernos en nuestra misión común de promoción del reino de Dios.

El objeto del Diálogo Ecuménico

El fin del diálogo ecuménico, tal como ha sido expresado en la Declaración de Canberra “La unidad de la Iglesia como

koinonia: don y vocación”, es el del diálogo ecuménico mismo:

“La unidad de la Iglesia a la que estamos llamados es una *koinonia* que se da y se expresa en la confesión común de la fe apostólica, en una vida sacramental común a la que accedemos por un único bautismo y que celebramos juntos en una sola comunidad eucarística en una vida vivida juntos en el reconocimiento mutuo y la reconciliación de los miembros y de los ministerios; se expresa en fin en la misión por la que llegamos a ser juntos testigos del Evangelio de la gracia de Dios ante todos y al servicio de la creación entera. El objetivo de nuestra búsqueda de una comunión plena se alcanzará cuando todas las Iglesias estén en condiciones de reconocer en cada una de las otras a la Iglesia una, santa, católica y apostólica en su plenitud. Esta plenitud de comunión se expresará a nivel local y universal en formas de vida y de acción conciliares. En una comunión tal, las Iglesias están vinculadas las unas a las otras en todos los campos de su vida común, a todos los niveles, por la confesión de la misma fe, en la celebración y el testimonio, en las deliberaciones y la acción” (2.1).

El diálogo apunta no sólo a un acuerdo sobre la doctrina sino también a un apaciguamiento de las memorias por el arrepentimiento y el perdón mutuos. El diálogo puede ser también el medio de explorar las actividades que podemos ejercer juntos, con el fin de emprender de común acuerdo todo lo que no estamos obligados a hacer separadamente, tal como se dice en la declaración de Fe y Constitución de Lund, de 1952.

Los principios del Diálogo

La unidad de los cristianos es un don del Espíritu Santo y no un logro humano. El diálogo nos prepara para recibir este don, ora para esto y lo celebra una vez que lo ha recibido.

El diálogo ecuménico es eclesial; los participantes son representantes de sus respectivas tradiciones eclesiales y se esfuerzan por presentar el punto de vista de estas tradiciones explorando al mismo tiempo los misterios divinos con los representantes de otras tradiciones (cf. *Directorio para la*

aplicación de los principios y las normas sobre el ecumenismo 176).

El diálogo supone la igualdad de los participantes en cuanto que como interlocutores trabajan juntos por la unidad de los cristianos. Se basa en la reciprocidad, de modo que no se espera de los interlocutores que adopten “nuestras” estructuras de diálogo (cf. *Ut unum sint* 27).

En el desarrollo del diálogo, es importante ser conscientes de la “jerarquía de verdades” donde no todo se presenta en el mismo plano de integración con las doctrinas esenciales de la fe cristiana (cf. *Directorio supra*, 176).

Las formulaciones doctrinales de la fe están cultural e históricamente condicionadas. Una misma fe puede ser expresada en lenguajes y tiempos diferentes, reflejando nuevas percepciones y nuevos desarrollos orgánicos. El reconocimiento de este aspecto ha sido una experiencia liberadora en el curso de los diálogos y ha contribuido a crear posibilidades para el desarrollo de conceptos y de relaciones nuevas. El proceso de discernimiento de un consenso en la fe debe tener en cuenta aproximaciones, acentuaciones y lenguajes diferentes, respetando la diversidad y los límites de ésta entre y dentro de los interlocutores del diálogo.

Espiritualidad y práctica del Diálogo Ecuménico

Espiritualidad

Siendo la vida cristiana ella misma dialógica (cf. §§ 23-24), el diálogo ecuménico es un modo de ser cristiano y de vivir la vida cristiana. Aunque tiene sus características propias, presupone una amplia espiritualidad de apertura a los otros a la luz del imperativo de la unidad cristiana, guiada por el Espíritu Santo. El diálogo es un proceso de discernimiento, y como tal exige paciencia, pues el progreso ecuménico puede ser lento. La humildad es requerida para estar abierto a recibir la verdad los unos de los otros. El compromiso en la caridad es igualmente necesario, para poder buscar juntos la manifestación de la unidad querida por el Señor. Podemos así añadir las consideraciones siguientes relativas a la espiritualidad del diálogo.

Espiritualidad para las comunidades interlocutoras de Diálogo

Las comunidades que participan en un diálogo se comprometen a seguir un recorrido común. Aunque pocas personas participan en él de una parte y de otra, el diálogo se propone ayudar a las comunidades participantes a progresar paso a paso hacia la unidad, asegurando que cada interlocutor comprenda, en la medida de lo posible, cómo la vida y el testimonio de los otros pueden ser beneficiosos para todos. Si se descuida este aspecto del diálogo, los resultados parecerán alejados de la experiencia vivida por la Iglesia; podrían no ser recibidos en la vida real ni transformar las relaciones existentes. Además, al descuidar este aspecto del diálogo, el trabajo ecuménico mismo se convierte en una excusa para mantener el *statu quo ante*. Así, el diálogo ecuménico implica nuevas exigencias espirituales no sólo para los participantes individuales, sino también para el conjunto de las comunidades.

La disposición al cambio por el diálogo exige una mirada diferente a los otros, un cambio en nuestros modos de pensar, de hablar y de actuar con respecto a los otros. Dado que la unidad de los cristianos es realizada por el poder divino y no por el nuestro, el diálogo es así un proceso de conversión, de discernimiento, de atención a los impulsos de Dios. Nos abre al juicio y a la renovación. De esta manera, al pretender estar disponibles para las relaciones transformadas y reconciliadas, exploramos procesos de apaciguamiento y de perdón.

El diálogo con los cristianos de los que estamos separados exige que examinemos el modo en que nuestra identidad se ha construido en oposición a la de los otros, es decir, cómo nos hemos identificado por lo que *no somos*. Superar las construcciones de identidad polémicas requiere nuevos esfuerzos para articular la identidad de modo más positivo, distinguiendo entre identidad confesional como signo de fidelidad de la fe, y confesionalismo como ideología erigida en enemistad con respecto a los otros. Esto lleva consigo una preparación para el diálogo ecuménico tanto espiritual como teológico. A través de la comprensión de los antagonismos mutuos y el perdón dado y recibido, pasamos del temor de unos a los otros, a la voluntad de llevar los fardos unos de

otros, a la llamada a sufrir juntos. El compromiso en el diálogo comporta al menos una revisión del modo en que nuestra Iglesia informa a sus miembros en el tema de los interlocutores del diálogo.

La preparación para el diálogo comprende la recuperación de recursos teológicos con vistas al desarrollo y perfeccionamiento de la doctrina en *nuestra propia* tradición. A estos efectos, debemos estar dispuestos a dejarnos interpelar por los otros y a aprender de ellos. A medida que el encuentro se profundiza, incorporamos a nuestra vida la reflexión teológica de la tradición o de las tradiciones del interlocutor, haciendo nuestras las ideas y las palabras de los otros.

Nuestro compromiso común a favor de la unidad de los cristianos requiere no sólo la oración de unos por otros, sino una vida de oración común.

La práctica

Cada diálogo es único y debe tener en cuenta los factores que han animado a los interlocutores en cuestión a comprometerse en este diálogo en este momento preciso. A este propósito los siguientes puntos pueden ser apropiados.

Configuración de los interlocutores del Diálogo

La configuración de los interlocutores influirá necesariamente en la práctica de cada diálogo. Para ponerse de acuerdo sobre los fines y métodos del diálogo, ya sea bilateral o multilateral, es esencial saber quiénes son los interlocutores, el origen de sus divisiones y/o el género de relaciones que estas comunidades cristianas han tenido en el pasado.

Cada interlocutor tiene una comprensión particular de la historia de las divisiones. Cada uno de ellos, o los dos, pueden tener recuerdos dolorosos de abusos de poder y de persecuciones que derivan de actos cometidos por representantes de la otra comunidad participante en el diálogo. Puede haber fuertes asimetrías (de dimensión, de autocomprensión eclesial, de facultad de hablar en el nombre de toda la comu-

nidad eclesial, de estatus mayoritario o minoritario) entre los interlocutores. El diálogo debe tener en cuenta estas asimetrías, y cada uno de los interlocutores debe comprender las posiciones de partida de la otra. Un gran número de interlocutores de diálogo están comprometidos también en otros diálogos, tanto bilaterales como multilaterales. Los diálogos deberían estar estrechamente vinculados e influirse el uno al otro.

Temas y elementos de programa de los Diálogos

El diálogo, cuyo objetivo es la unidad de los cristianos, pide algo más que una cooperación en campos extraños a toda división. Aportamos al diálogo todo lo que está fuera del principio de Lund, que plantea la cuestión de saber: “si ellas (las Iglesias) no deberían actuar de acuerdo en todos los campos salvo en aquellos en los que diferencias de convicción profundas les imponen actuar separadamente”. Allí donde la conciencia ha prohibido hasta ahora la unidad, entablamos el diálogo precisamente para clarificar y superar estas profundas diferencias de convicciones, pasadas y presentes.

Los temas de diálogo remiten a las relaciones pasadas y presentes entre los interlocutores. Para elegir los temas que se abordarán, se puede plantear la cuestión: “¿Dónde entra en juego el Evangelio en nuestras relaciones de interlocutores de diálogo? ¿Qué es lo que se opone a un pleno reconocimiento recíproco?”. El contexto tendrá una influencia sobre la elección de los temas del diálogo; sin embargo, estos temas tendrán mayor actualidad si son entendidos en el más amplio abanico de las principales divisiones históricas entre cristianos.

La elección de los temas debería fundarse en la historia. Aunque cada generación debe tomar a su cargo lo que ha sucedido anteriormente, no debemos olvidar que aportamos nuestra contribución a un recorrido que comenzó antes que nosotros y que proseguirá después de nosotros.

Los temas pueden incluir no sólo formulaciones doctrinales, sino también de los modos de hacer de la teología y de utilizar las fuentes de la fe. Las metodologías mismas pueden ser un tema de diálogo. La elección de los puntos de partida

necesita el discernimiento de lo que está maduro para la discusión. Puede ser útil comenzar por examinar lo que *une* a los interlocutores; las cuestiones más controvertidas deberían ser dejadas en suspenso hasta que un clima de confianza recíproca permita abordarlos. Sin embargo, el diálogo entre Iglesias divididas no puede dejar indefinidamente para más tarde el examen de las cuestiones que están en el corazón de su separación.

Los diálogos madurados a través de un acuerdo substancial sobre temas conflictivos podrán ser útiles para entablar juntos de modo constructivo el debate sobre otras cuestiones específicas.

Metodologías

Diversidad de contextos y de acercamientos

Temas de diálogo diferentes requieren metodologías diferentes, y por esto no podemos hablar de *un* modo de abordar un diálogo. Cada interlocutor se encontrará más cómodo con un método que con otro. No debemos pensar que algunos modos de entablarlo sean preferibles a otros.

La experiencia realizada en el siglo XX con el diálogo ecuménico ha mostrado la importancia de un examen de los factores históricos y socioeconómicos que afectan a las cuestiones doctrinales. Situar las formulaciones doctrinales en su contexto histórico puede permitirnos, hoy, expresar la misma fe en términos nuevos. Esta metodología, de la que la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación* es un resultado, ha modelado una hermenéutica que puede revelarse fecunda en otros casos.

El trabajo de la Comisión Fe y Constitución sobre la hermenéutica (*Un tesoro en vasijas de barro* –Documento Fe y Constitución nº 182 (1998) llama la atención sobre el modo de “leer” nuestra propia historia en cuanto comunidad y de encontrar puntos de convergencia con las historias de los demás. Una “hermenéutica de coherencia” sugiere considerar con benevolencia la fe y el testimonio de los otros como complementarios de los nuestros. A través de una “hermenéutica de confianza”, una recepción y un reconocimiento

mutuos son posibles por los dones del Espíritu Santo a la comunidad cristiana. Una “hermenéutica de sospecha” plantea la siguiente cuestión: ¿Quién se beneficia de esta lectura particular?”. Porque el diálogo sirve a la causa del único Evangelio de Jesucristo, cada modo de “lectura” puede conducirnos juntos a una mayor comprensión de la verdad.

El diálogo no es una negociación para encontrar el “mínimo común denominador”, sino una búsqueda de nuevas aperturas para descubrir el modo de progresar juntos. A veces, los diálogos enfrentan entre ellas cuestiones que habían sido la causa de condenas recíprocas en el pasado. En ese caso, sería útil precisar cuál era efectivamente en la época la posición de unos y otros, y cómo cada uno había buscado, por su posición, preservar la integridad del Evangelio en un contexto particular. Las exigencias del Evangelio hoy permiten quizá a los interlocutores encontrar un terreno de acuerdo.

Los conflictos doctrinales no son todos fáciles de resolver. Por ello, un examen atento de las respectivas posiciones –es decir, determinar hasta qué punto son complementarias y dónde y cómo son divergentes- puede ser útil para promover el progreso en las relaciones ecuménicas entre las Iglesias.

Los participantes y las competencias

Se requiere una diversidad de competencias en el diálogo ecuménico hoy. Los especialistas de la historia y de la doctrina son necesarios, pero otros expertos, por ejemplo en materia de liturgia, de ética, de misionología y supervisores pastorales lo son más. Cuanto más amplia es la participación de una Iglesia en el diálogo más aplicables serán los resultados en el conjunto de la vida de la Iglesia. las Iglesias tienen conceptos diferentes sobre el modo en que una persona ‘representa’ a la Iglesia en un diálogo, pero todos los participantes deben ser conscientes de que hablan en el marco de la disciplina de su tradición, de la que deben dar cuenta.

Como se aconseja en “Diálogo ecuménico” (1967), es muchas veces oportuno incluir observadores en el diálogo, para reconocer y apoyar las implicaciones ecuménicas más amplias de la discusión.

Recepción de los Diálogos Ecuménicos

Para que los acuerdos logrados en un diálogo ecuménico tengan impacto sobre la vida y el testimonio de las Iglesias y conduzcan a un nuevo nivel de comunión, se deberá dedicar una atención seria a los procedimientos de recepción de estos acuerdos a fin de que toda la comunidad se implique en el proceso de discernimiento.

La significación de la recepción

La “recepción” es el proceso mediante el que las Iglesias asumen los resultados de todos sus encuentros, y sobre todo las convergencias y los acuerdos logrados sobre cuestiones a causa de las cuales han estado históricamente divididas. Como observa el informe del 6º foro sobre los diálogos bilaterales: La recepción es una parte integrante del movimiento hacia la comunión plena que se logrará cuando “todas las Iglesias estén en condiciones de reconocer en cada una de las otras a la Iglesia una, santa, católica y apostólica en su plenitud” (Declaración de Canberra).

Así la recepción es mucho más que las respuestas oficiales a los resultados del diálogo, aunque estas respuestas sean esenciales. Sin embargo, aunque los resultados de los diálogos teológicos internacionales no conciernen a todas las relaciones entre las Iglesias, son un aspecto fundamental de la recepción en cuanto intentos específicos de superar lo que divide a las Iglesias y pone trabas a la expresión de la unidad querida por el Señor.

Instrumentos de recepción

Las Iglesias han elaborado modos e instrumentos apropiados para la recepción de los resultados de los diálogos internacionales bilaterales o multilaterales. Las estructuras y los procesos de decisión que determinan el “espíritu” de una Iglesia o de una comunidad de Iglesias, reflejan la autocomprensión y el sistema de gobierno de cada Iglesia o Comunión, y su modo particular de abordar los problemas.

Las dificultades de recepción

Las Iglesias chocan con dificultades durante el proceso de recepción, debidas en parte a los diferentes modos y procesos de recepción.

Se han planteado cuestiones de coherencia. Cuando una Comunidad eclesial está comprometida en varios diálogos con interlocutores de diferentes tradiciones eclesiales, la presentación de su autocomprensión debe ser coherente con lo que se dice a todos los interlocutores, y los resultados de un diálogo deben ser coherentes con los obtenidos en los otros diálogos. Algunas Comuniones cristianas mundiales (La Comunión Anglicana, la Alianza mundial de Iglesias reformadas, la Federación luterana mundial) han creado estructuras que permiten verificar este aspecto.

Han surgido cuestiones de una evidencia importante. Los temas del diálogo ecuménico ¿no son, en general, los que interesan a las Iglesias europeas y norteamericanas, si bien las divisiones doctrinales que están en cuestión hayan sido exportadas al mundo entero por la actividad misionera?

¿Cuál es la relación entre los diálogos internacionales y las prioridades pastorales y teológicas de las Iglesias locales? Si los temas tratados no son existenciales para las Iglesias, la recepción se hace difícil. Nuevos métodos son necesarios para ayudar a las Iglesias a ver que la desunión contradice al Evangelio de reconciliación. ¿Cómo los resultados de los diálogos internacionales pueden comprometer existencialmente a las Iglesias dados sus diferentes contextos? Numerosos factores que obstaculizan la recepción de los diálogos no son de naturaleza doctrinal. Allí donde las tensiones entre mayoría y minoría son evidentes, los procesos de perdón, de apaciguamiento y de reconciliación deben preceder y acompañar a los procesos de recepción.

La naturaleza misma de los diálogos requiere que sean conducidos por representantes oficialmente nombrados y competentes en las materias tratadas. Pero la recepción, aun estando sometida al juicio de las autoridades eclesiales, implica igualmente el juicio de conjunto del Pueblo de Dios. La insensibilidad con respecto a la necesidad de instrucción y de discernimiento de *toda* la comunidad ha hecho difícil la

recepción. Un lenguaje “de arriba hacia abajo” más que “de abajo hacia arriba” ha sido utilizado en momentos críticos en ciertos procesos. Así, mientras los diálogos pretenden establecer la comunión entre las Iglesias, conducen a veces a la formación de grupos disidentes y a las divisiones *en el seno* de las Iglesias.

Experiencias positivas de recepción

¿Como se debe conducir un proceso de recepción de modo que se eviten estos problemas? Durante los treinta últimos años, varios diálogos internacionales han sido ampliamente recibidos, dando lugar a nuevas expresiones de comunión eclesial y a un trabajo de renovación en las Iglesias participantes. Se pueden extraer indicaciones relativas a lo que es esencial para que tenga lugar la recepción.

Un estudio de caso multilateral

El diálogo multilateral cuyo resultado ha sido el documento *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (BEM, 1982), ofrece un ejemplo de ello. El proceso de BEM ha exigido tiempo, un diálogo constante con las Iglesias, la elaboración de material de estudio, un examen profundo de las reacciones a los proyectos del texto, la traducción en numerosas lenguas, la utilización de los resultados de los diálogos precedentes y el recurso a otros diálogos e iniciativas ecuménicas.

Este proceso ha requerido cerca de veinte años, mientras que las discusiones sobre estos temas habían tenido lugar ya durante cuarenta años. En el período 1963-1982, los proyectos de texto fueron enviados en tres ocasiones a las Iglesias, a los institutos teológicos y a las organizaciones ecuménicas solicitando sus comentarios y sus reacciones. Los borradores fueron ampliamente difundidos y los comentarios fueron objeto de atentos exámenes en cada estadio de las nuevas redacciones. Numerosas Iglesias fomentaron la discusión sobre los proyectos de texto en las congregaciones, comprometiendo así a la comunidad entera. Los redactores bebieron igualmente en los diálogos bilaterales internacionales.

les que trataban de temas análogos, así como en las ideas del movimiento litúrgico. La aproximación multilateral se remonta más allá de las divisiones entre las Iglesias, a la búsqueda de las raíces bíblicas que permiten comprender las cuestiones específicas (p.e. *anamnesis*). Se obtuvieron así puntos de referencia que situaban las diferencias históricas en una perspectiva nueva.

Cada vez que quedaba claro que sería difícil lograr el acuerdo sobre una cuestión particular, ésta era enviada a un grupo de teólogos (p.e. lo concerniente a la relación entre el bautismo de personas que hacen una profesión de fe personal y el bautismo de niños, o la cuestión del episcopado). En el curso de estas consultas se encontraba un nuevo lenguaje que permitía formular el acuerdo.

En 1982, el texto finalizado y adoptado por la Comisión Fe y Constitución fue enviado a las Iglesias solicitando su reacción. El documento iba acompañado de cuestiones cuidadosamente preparadas para permitir a las Iglesias estudiarlo con conocimiento de causa. Un comentario facilitaba la comprensión a las personas que no habían podido participar en las discusiones. Una selección de ensayos teológicos fomentaba el examen por los institutos de teología, mientras que una colección de textos litúrgicos ayudaba a las Iglesias a reflexionar sobre la relación entre sus conceptos teológicos y la práctica litúrgica. Para dar una expresión litúrgica al acuerdo eucarístico, se elaboró una liturgia que ilustraba lo que la convergencia permitía hacer en materia de celebración del sacramento. Esta "Liturgia de Lima" ha contribuido sin ninguna duda a dar a conocer mejor el acuerdo y el proceso del BEM.

BEM ha sido traducido a más de treinta lenguas, lo que ha facilitado su recepción en todo el mundo. El proceso ha sido puesto de relieve en el curso de seminarios dirigidos por miembros de la Comisión y de la dirección de Fe y Constitución. Se han publicado guías de estudio en diversos contextos para favorecer la discusión del documento en las congregaciones y entre las Iglesias. El proceso que, desde el principio, había implicado a las Iglesias en la elaboración del texto mismo, ha facilitado las respuestas oficiales "de las autoridades al más alto nivel" después de que el texto hubo sido completado en 1982. 186 respuestas han sido recibidas y publica-

das en seis volúmenes. El documento se ha beneficiado así de una autoridad ecuménica sin precedente, que ha animado a las Iglesias a instaurar nuevas relaciones entre ellas.

Sobre la base de esta convergencia, varias Iglesias han podido establecer nuevas relaciones de comunión (p.e. las Iglesias luteranas y anglicanas en los países nórdicos y bálticos, en Gran Bretaña, Irlanda, Canadá, Alemania, Estados Unidos; las comunidades reformadas y luteranas en los Estados Unidos; las *United and Uniting Churches* [Iglesias unidas o en vía de unión] en Sudáfrica, etc.). Otras Iglesias, tras sus respuestas a las cuestiones, han sido animadas a renovar la frecuencia y el contenido litúrgico de sus celebraciones eucarísticas. Las distinciones hechas relativas al ministerio han facilitado los diálogos bilaterales, incluso en situaciones en las que estas cuestiones se habían hecho difíciles de abordar.

Algunos estudios de casos bilaterales

Varios diálogos bilaterales internacionales han elaborado también mecanismos y modelos de trabajo que han facilitado la recepción.

La firma oficial de la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación era el resultado de una serie de actos de cooperación luterano-católica. La Declaración conjunta se ha beneficiado de los resultados de más de 30 años de diálogo nacional e internacional. En 1991, habiendo decidido concentrarse más en la recepción de los resultados de los diálogos, la Federación luterana mundial y el Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos redactaron un documento de trabajo titulado “Estrategias de recepción: perspectivas sobre la recepción de documentos salidos del diálogo internacional católico-luterano”. En 1993, una comisión mixta restringida fue la encargada de redactar un proyecto de *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación*. El proyecto fue enseguida enviado a las respectivas instancias de evaluación. Los resultados de la evaluación llevaron a una revisión del proyecto. En cada estadio, los dos lados obtuvieron el apoyo de las autoridades al más alto nivel. La versión final de la Declaración conjunta ha sido formalmente aceptada por una y otra parte en 1998 y firmada en

1999. La estrecha colaboración entre los dos interlocutores en el curso del proceso de recepción ha contribuido a su éxito.

El acuerdo resultante del diálogo entre las Iglesias reformadas y las Iglesias menonitas fue sellado en el curso de una visita a los campos de batallas en los que se habían desarrollado los combates entre las fuerzas de las dos comunidades durante el período de la Reforma. Las Iglesias han expresado su arrepentimiento y su perdón por haber permitido que el recuerdo de estos acontecimientos determinara sus relaciones actuales y han buscado establecer nuevas relaciones. Una interpretación por parte de los organismos que patrocinan la Comisión internacional anglicano-católica puede haber facilitado la recepción de los informes de este diálogo. En numerosos diálogos entre la Alianza mundial de las Iglesias reformadas y la Iglesia católica, una de las preocupaciones era debida a la dificultad de unir el programa teológico a las relaciones que efectivamente existen entre reformados y católicos en el mundo. Era un primer intento de unir el programa de trabajo de un diálogo al de las Iglesias locales.

Algunas conclusiones relativas a la recepción

Desde 1967, se pueden señalar varios factores que son esenciales en el proceso de recepción. Para que los resultados de los diálogos sean adecuados, es necesario el compromiso más amplio de la comunidad y de sus teólogos. El mejor medio de llegar ahí es realizar intercambios en momentos apropiados de la elaboración de un texto, entre los participantes en el diálogo y las Iglesias interesadas, para que se prosiga la elaboración teniendo en cuenta los diversos comentarios.

El proceso se refuerza por el intercambio de recursos bíblicos, teológicos y litúrgicos, que ayudan a las comunidades a comprender el camino seguido por los redactores y que sitúan el tema tanto en el interior de las confesiones participantes como en el marco de las especializaciones contemporáneas. El texto debería ser traducido a todas las lenguas apropiadas y acompañado por guías de estudio (redactadas por miembros del grupo de redacción, los únicos que conocen el camino recorrido para llegar a un acuerdo). La recepción

puede ser puesta de relieve por gestos simbólicos por parte de los organismos promotores, indicando que se ha alcanzado un nuevo estadio del recorrido hacia la manifestación de una comunión más perfecta.

Con vistas a la recepción y su aplicación sucesiva, es importante preparar instrumentos de supervisión en cooperación. A la luz de los acuerdos concluidos, la atención debe necesariamente fijarse en los procesos de recepción en los que participan juntas las dos comunidades que pretenden estudiar juntas la cuestión. Actualmente un gran número de procesos de recepción son tratados separadamente en cada comunidad.

El intercambio de visitas entre las comunidades favorece la mejora de las relaciones. Invitar a los interlocutores a las manifestaciones significativas de la vida de la Iglesia debería convertirse en un gesto natural, al igual que fomentar las amistades entre cristianos a nivel local. El movimiento ecuménico implica una espiritualidad de hospitalidad, de voluntad de acoger a los otros. El compromiso en el diálogo requiere la determinación de los responsables eclesiales de dar ejemplo de una nueva apertura, entre otros a través de actos simbólicos, de visitas y de la presencia junto a los otros en los momentos de gozo y tristeza. Todos estos contactos favorecen la comprensión mutua y la recepción de los resultados de los diálogos.

El Diálogo frente a los retos del siglo XXI

El movimiento ecuménico ha ayudado a los cristianos a salir del aislamiento virtual de las Iglesias, separadas unas de otras desde hace centenas de años a causa de las divisiones de los siglos V, XI y XVI. Al final del siglo XX, las Iglesias han podido hablar de una nueva relación de comunión, “real, aunque imperfecta”. Teniendo en cuenta estos logros ¿cuáles son los retos a los que debe hacer frente el diálogo ecuménico del siglo XXI?

Aunque estos logros han sido importantes, una tendencia a una mayor fragmentación y a un crecimiento de las fracturas entre y en las Iglesias ha tenido lugar durante el mismo período. Algunos sostienen con fuerza que el diálogo es hostil

a la tradición cristiana y desearían hacer valer reivindicaciones de absolutismo y de unicidad. Bajo la influencia de la cultura posmoderna, las estructuras de la autoridad, y la autoridad en todos los aspectos de la vida, han sido puestas en tela de juicio. Esto plantea problemas para las declaraciones doctrinales y las estructuras de gobierno eclesial en las Iglesias. Algunos dudan incluso que sea posible para alguien, individuo o grupo, representar a una comunidad. El tratamiento de las cuestiones éticas de modo revolucionario por la sociedad ha influido cada vez más el lugar que estos problemas ocupan en el programa de trabajo de las Iglesias, en las que aparece claramente que diferentes ideas y aproximaciones son abordadas independientemente de las líneas de demarcación confesionales. Es esencial tener en cuenta estos elementos de la vida eclesial contemporánea en la evolución de la cultura de diálogo de nuestro decenio.

Sin embargo, nos limitaremos a señalar algunas perspectivas más generales que deben ser examinadas y a algunos retos que el movimiento ecuménico, y en particular el diálogo, debe afrontar.

El desafío de un mundo que cambia

El amplio contexto en el que viven las gentes hoy, caracterizado por un mundo cada vez más independiente e interconectado, seguirá teniendo un impacto sobre los cristianos. En su sentido más positivo, esta globalización expresa la aspiración de los seres humanos a llegar a ser una sólo y única familia. Sin embargo, la globalización ha dividido aún más a la humanidad, porque en el orden mundial actual las fuerzas de globalización trabajan a favor de algunos en detrimento de la mayoría.

En este contexto, el movimiento ecuménico puede ser un germen de esperanza en un mundo económica, cultural, social y políticamente dividido. Los gozos y las tristezas, las esperanzas y las angustias de todos los pueblos son también los de los cristianos. En el respeto pleno de todos los esfuerzos humanos para acercar a las gentes, el movimiento ecuménico puede aportar su contribución específica a la unidad de la familia humana poniendo fin a las divisiones entre los

cristianos. Una respuesta a la globalización es el establecimiento de relaciones mutuas sinceras entre las estructuras sociales globales y nacionales. Un desafío ecuménico paralelo está en camino de crear perspectivas comunes para las relaciones apropiadas entre las expresiones universales y locales de la Iglesia, y entre unidad y diversidad. Al mostrar que el diálogo puede resolver diferencias persistentes, los progresos logrados en estas cuestiones eclesiológicas pueden tener efectos positivos en la respuesta de las personas a la globalización.

Así el compromiso permanente en el diálogo ecuménico no sólo favorece la reconciliación entre cristianos, sino que es también un signo de las más profundas aspiraciones de la humanidad a llegar a ser una sola familia.

El desafío permanente de la reconciliación cristiana

Algunos desafíos están específicamente vinculados al movimiento ecuménico mismo.

Al mismo tiempo que nos felicitamos de los logros del movimiento ecuménico del siglo XX, reconocemos que la reconciliación entre los cristianos está lejos de estar terminada. El diálogo ecuménico debe continuar con vistas a resolver serias divergencias relativas a la fe apostólica. Estas divergencias constituyen un obstáculo para la unidad visible de los cristianos, unidad necesaria para la misión en un mundo desgarrado.

En segundo lugar, el movimiento ecuménico es importante para los cristianos en todo el mundo. Al comienzo, la mayor parte de los participantes procedían de Europa y de América del Norte, aunque la minoría originaria de otros continentes ejercía una gran influencia en los encuentros ecuménicos, sosteniendo que la desunión de la Iglesia era un pecado y un escándalo. Como se ha dicho antes, un gran número de las principales divisiones entre cristianos han comenzado en Europa, y los misioneros europeos y americanos las han llevado a los otros continentes en el curso de sus actividades.

Hoy, sin embargo, los participantes en los diálogos proceden igualmente de Africa, Asia, América latina, Oceanía y del Caribe, y su aportación es significativa. Para muchos, el programa ecuménico es considerado menos apropiado y menos urgente que el trabajo con vistas a responder a las necesidades esenciales de sus comunidades. No obstante, numerosos cristianos constatan que las divisiones permanentes minan la credibilidad del único Evangelio y que un gran número de los problemas que se encuentran son de hecho problemas de unidad y de división. Este Evangelio habla a las personas en sus culturas y en sus diferentes lenguas, y la curación de las heridas causadas por las divisiones exige los esfuerzos de los cristianos en todas las partes del mundo. La diversidad entre los cristianos a través del mundo debería ser el objeto de una mayor atención en los diálogos ecuménicos del siglo XXI.

Tercero, hemos tomado conciencia de los cambios del panorama cristiano. Constatamos que entre las comunidades cristianas en vías de rápida expansión, varias son evangélicas y pentecostales. Un buen número de éstas, sino la mayoría, no participan en el movimiento ecuménico y no tienen contacto con el CEI ni diálogo con la Iglesia católica. De hecho, los términos “unidad” y “ecumenismo” son problemáticos para estas comunidades. Ellas se concentran principalmente en la misión y no sitúan necesariamente ésta en el contexto de una colaboración con otras Iglesias de una región particular, incluso cuando estas Iglesias están establecidas allí desde hace siglos. Uno de los retos, hoy, es encontrar el medio de ampliar el diálogo ecuménico de modo que incluya a estos importantes grupos cristianos.

Cuarto, los diálogos bilaterales han incidido sobre todo en los problemas a resolver para lograr la reconciliación entre dos Comuniones. Este trabajo debe continuar. Pero sería quizá útil que algunos diálogos examinen de modo más sistemático el patrimonio cristiano común a Oriente y a Occidente, como marco de referencia para todos. Todos los diálogos, incluso los que tratan sus temas particulares, podrían obtener una mejoría con una atención mayor a este patrimonio cristiano común.

El desafío del Diálogo interreligioso

Aunque no puede remplazar el diálogo ecuménico, se realiza un diálogo interreligioso entre las religiones mundiales. Su objetivo no es crear una religión única, sino permitir la colaboración entre las religiones promoviendo los valores espirituales, con el fin de contribuir a la armonía en la sociedad y al establecimiento de la paz mundial. La cooperación entre cristianos es hoy necesaria, e incluso imperativa, para promover el diálogo interreligioso. Recientemente las religiones han sido embaucadas en el objetivo de justificar e incluso promover la violencia, o han sido dejadas al margen de los esfuerzos tendientes a construir una comunidad humana. A través de la cooperación ecuménica en el diálogo interreligioso, los cristianos pueden sostener las religiones mundiales en el esfuerzo de promover la armonía y la paz.

No se debe confundir diálogo ecuménico y diálogo interreligioso. Mientras que uno y otro son apropiados para la cultura de diálogo, cada uno tiene una meta y un método específicos. El diálogo ecuménico tiene lugar entre cristianos; busca la unidad visible de los cristianos. Debe continuar porque la discordia entre cristianos “se opone abiertamente a la voluntad de Cristo” (*Unitatis redintegratio* 1) y debe ser superada.

CONCLUSIÓN

Tras la declaración del Grupo mixto de trabajo de 1967, las Iglesias se han comprometido en el diálogo sobre todo en los últimos decenios del siglo XX. El diálogo ecuménico ha abierto nuevas perspectivas, mostrando que a pesar de siglos de separación, los cristianos divididos tienen mucho en común. El diálogo ha contribuido a la reconciliación. La recepción de los resultados de los diálogos, de diversos modos, ha representado un papel clave en el acercamiento de los cristianos.

En este siglo XXI, el diálogo ecuménico prosigue con los mismos objetivos, pero en un contexto nuevo. El diálogo es siempre un instrumento que los cristianos deben utilizar en su búsqueda de unidad visible, objetivo que aún queda por

alcanzar. El diálogo sigue siendo un instrumento para ayudar a la reconciliación de los cristianos divididos. En el futuro, los resultados de los diálogos deberán ser permanentemente reexaminados en las Iglesias. El diálogo ecuménico ha contribuido ya a cambiar las relaciones entre las Iglesias. En el nuevo contexto de un mundo más globalizado, un mundo de comunicaciones instantáneas y de abundancia de informaciones, la tarea de la Iglesia, que es proclamar la Palabra de Dios y la salvación en Cristo, tiene una competencia sin precedentes en la publicación de toda suerte de informaciones que buscan capturar el corazón del ser humano. Mucho más urgente es, en este momento de la historia, el testimonio común del Evangelio por los cristianos capaces de poner sus divisiones de lado y dar juntos testimonio del Señor que oró por sus discípulos, "... que todos sean uno... para que el mundo crea" (Jn 17, 21).

Nota relativa al procedimiento. Tras la presentación de documentos sobre el diálogo por el Obispo Walter Kasper y el Dr. Konrad Raiser, la primera reunión plenaria elaboró una serie de cuestiones que debían ser examinadas en un documento de estudio sobre el diálogo. Un grupo de redacción restringido, formado por Eden Grace, Dra. Susan Wood, Mons. Felix Machado, Mons. John Radano y el Rvdo. Dr. Alan Falconer, se reunió en Cartigny (Suiza) en febrero de 2003 y presentó un primer proyecto de texto. Tras la discusión en el curso de la reunión plenaria de Bari, el texto ha sido ulteriormente elaborado por correspondencia e-mail y en una sesión de una jornada en 2003 (Falconer, Radano, Dr. Thomas Best). Tras una discusión ulterior a la reunión del comité ejecutivo del Grupo mixto de trabajo en noviembre de 2004, el Obispo David Hamid ha sido encargado de revisar la cohesión redaccional del texto. El documento fue ratificado en la reunión plenaria del Grupo mixto de trabajo en Chania (Creta) en mayo de 2004.